

do de los abatimientos de un Dios humillado, se propone arrancar de su corazón hasta las últimas fibras del amor propio; y para decapitar este monstruo, inventa los arbitrios mas raros de abatirse: Así, que poco antes le habia visto rodeado del esplendor de sus galas, le mira con asombro en sus calles y plazas cubierto con un zurcido de andrajos, y le reputa por insensato: los libertinos, la plebe, y hasta los mas cuerdos le insultan; pero quando mas agoviado de ignominias, entonces se revuelca en un lodazar, se confunde con los pobres, y corre las comarcas de su patria en esta figura extraña con un deseo insaciable de apurar el amargo cáliz de los improperios hasta sus últimas heces. ¡Qué humildad tan asombrosa! Era necesario, católicos, hacer anatomía de su corazón, para mostraros el fondo de su humildad; veriais una humildad identificada con la masa de su sér, que no feneció sino con él, que descendió con él al sepulcro, y desde las entrañas de la tierra, que le abriga, volvió á brotar de su yerto é inanimado cadáver un nuevo pimpollo mas hermoso de humildad. Oid la prueba. Elevado al mas alto grado de santidad, y constituido cabeza de una posteridad tan numerosa como las arenas del mar, no puede sufrir la aclamación de los pueblos, y pide á Dios con lágrimas que le envíe la muerte antes que profanar su humilde profesion con el contagioso ayre de la vanidad: sabe que el Cardenal Hugolino es apologista de sus virtudes, y al punto abandona para siempre su palacio. ¿Qué mas? Estando para espirar ordena que su cadáver quede desnudo sobre la tierra, para que sea hollado de todos y después sepultado á los pies del patíbulo, donde se executa el suplicio de los facinerosos: después de dos siglos que habia muerto, intenta Nicolás V. besarle el pie, y él le retira por humildad.

Digamos pues sin recelo en honor de mi seráfico Padre, que si la humildad encarnára para hacerse visible á nuestros ojos, hubiera tomado la fisonimia y el traje de Francisco.

No preguntemos ya si Domingo y Francisco fueron penitentes, supuesto que eran tan humildes; porque segun opinion de San Gerónimo, estando muertos á sí mismos y al mundo, era consiguiente que tambien estuviesen crucificados exteriormente á la carne. ¿Pero con qué género de penitencia juzgais que crucificaron sus cuerpos? Jamas tirano alguno, por inexorable que fuese, concibió ódio tan implacable al nombre christiano, como estos dos héroes á sí mismos. Domingo reúne en un cuerpo virgen los dolores que podian causar los instrumentos mas fieros, que inventó el furor en ódio de la Religion. Vestido con una túnica, cuya aspereza podia espantar á la penitencia, ata su cintura con una malla de hierro, cuyas puntas aceradas abren profundas heridas por donde casi asoman las entrañas: su alimento es tan escaso que apenas basta para entretejer la muerte: su sueño tan corto, que el breve descanso que tomaba era como un tributo que por fuerza le pedia su desfallecimiento: sus disciplinas tan prolongadas que muchas veces le causaron mortales agonías: sus vigiliass continuas, sus ayunos perpetuos, sus crueles silicios, y la tierra humedecida con su sangre, apenas le dexaron un soplo de vida; tanto, que sus mismos hijos asustados al ver que peligraba su cuerpo al rigor de sus penitencias, le piden con lágrimas que modere su austeridad; pero él responde: ¡ay amados hijos míos! ¿con qué vergüenza me presentaria al tribunal de Dios, si no llevara en mi persona la imágen del crucificado, y las sangrientas señales de su Pasión?

Francisco, todavia mas ingenioso, condena su

inocente cuerpo á mayores suplicios. Tan presto se arroja á los estanques helados en el rigor del invierno, tan presto se acuesta sobre carbones encendidos, tan presto se revuelca desnudo entre las espinas y zarzas, tan presto camina descalzo por lugares sembrados de abrojos, tan presto se retira á las asperezas de Alvernia, y allí sepultado en una espantosa gruta, observa un silencio profundo, interrumpido solo con el estruendo de las cadenas y garfios con que despedaza su carne virgen: nadando en su propia sangre, continúa sus sangrientas disciplinas hasta faltarle las fuerzas: su desfallecido cuerpo no tiene otro descanso, que una dura piedra en que se recuesta, mas á propósito para abrir nuevas llagas, ó renovar las antiguas: su toscó sustento son las raíces amargas que produce aquel país inculto, las que primero riega con sus lágrimas, antes de llevarlas á sus macilentos labios, su vestido un horroroso silicio, su sueño las interminables vigiliás, su... ¿Pero acabaria yo, si quisiera referir por menor la asombrosa austeridad que usó consigo hasta el borde mismo del sepulcro? Basta decir, que trató su agonizante cuerpo con tan increíble rigor, que fué necesario pedirle perdón á la hora de la muerte de lo mucho que le habia castigado.

Con tan generosos sacrificios se elevaron Domingo y Francisco al heroismo de todas las virtudes. Quisiera Señores poderos manifestar sus corazones, é introducirs en el santuario de unas almas las mas grandes que admiró Roma en los siglos pasados. Veriais reunido en sus corazones un prodigioso enlace de lo mas sublime y perfecto que hay en los Evangelios: humildad profunda, fé viva, esperanza firme, caridad ardiente, austera penitencia, una pureza tan inalterable, que mas parecian

Angeles en carne, que hombres viadores, y un amor á Dios el mas acendrado, cuyo valor apenas alcanza á comprehender el entendimiento humano; veriais una abnegacion la mas perfecta, divorcio eterno con el mundo, silencio inviolable, paciencia extremada, y un celo activo y generoso; veriais unos hombres transformados en Jesuchristo, y tan divinizados, que caminan entre las clamorosas voces de Babilonia, sin que el estrépito de las gentes, ni las fatigas de la vida apostólica, ni los cuidados de sus hijos, ni la muchedumbre que los cerca, puedan distraerlos de la union íntima con Dios; en vano suena al rededor de ellos el bullicio tempestuoso del mundo, porque absortos y unidos con Dios, no piensan ni hablan sino de Dios, no suspiran sino por Dios, no ven ni oyen sino á Dios, de modo, que solitarios en medio del tumulto, no parecian vivientes mortales, sino dos Serafines abrasados en caridad; veriais por último... ¿pero podré yo añadir algo mas, habiendo reducido á compendio virtudes que componen el panegírico de muchos Santos? Sin embargo, puedo afirmar que apenas he dado principio á su elogio.

No extrañeis la proposicion, porque no hay eloqüencia tan afuente, que sea capaz de recorrer aun el índice de las heróycas acciones que nos presenta la historia de sus portentosas vidas; no obstante, por no defraudar vuestras esperanzas, permitidme que os haga á lo ménos un resumen de las principales circunstancias que entran en el complemento de su heroismo. ¡Ah! qué dichoso sería yo si pudiera referiros dignamente aquellos éxtasis profundos que los sacan fuera de sí, y los suspenden entre el cielo y la tierra; aquellas enagenaciones extraordinarias; aquellos transportes de

amor que los unen y enlazan con el sumo bien; aquel trato familiar con Dios; aquellas mercedes tan señaladas que recibieron del cielo. Domingo se halla muchas veces anegado en el seno de su amado, y entra en posesion de quantos tesoros es capaz en la tierra un hombre viador; su entendimiento, ilustrado con rayos de luz celestial, descubre profundos misterios, y arcanos impenetrables: su voluntad inflamada con los incendios de un fuego divino, siente que se excitan en su alma inefables dulzuras: su corazon inundado en gozo, experimenta unos como preludios de aquel rio de paz que baña la celestial Jerusalem, y en este estado se le aparece el mismo Christo, le aplica los labios á su divino costado, y le dá á gustar las purísimas gotas de su sangre deífica.

Francisco disfruta la misma familiaridad con Dios, y aun recibe mayores privilegios. No pretendo molestaros con una lista prolixa de hechos pequeños que solo sirven para degradar asuntos heroicos; yo me dirijo con el pensamiento á las montañas de Alvernia, depositarias de tantos prodigios: seguidme con la imaginacion, discurrid por aquellos desiertos, penetrad la dichosa gruta en que hace su mansion el humano Serafin, y reparad en los inflamadores suspiros que exhála, en los dulces deliquios que padece, y en los raptos impetuosos que le elevan: impelido Francisco de la vehemencia de su amor, y arrebatado por la fuerza de su espíritu, sale á encontrar á su Dios, cuya cercanía le anuncia su corazon: Jesus crucificado se presenta visible á sus ojos, y disparando de sus divinas llagas dardos encendidos, traspasa sus pies, manos y costado, y queda Francisco hecho una imágen y una copia del crucificado. ¡Qué espectáculo tan asombroso! Privilegio inaudito, ex-

clama San Buenaventura, no concedido á los siglos precedentes; privilegio único y singular que pone entre el Redentor y el Patriarca de los menores una perfecta semejanza, para que pueda decir entre todos los Santos: *Vivo ego &c.*

Pero no penseis que fenecieron aquí los privilegios del cielo. El espíritu del Señor descansa sobre la cabeza de estos nuevos Profetas, y rompen el velo que oculta los sucesos de los siglos futuros; ven las revoluciones mas extrañas, y las mas singulares escenas que han de acaecer en la Iglesia y en el Estado, y como si tuvieran presentes todos los lugares, declaran lo que pasa en todas partes. Los secretos del corazon se descubren á la penetracion de estos Samueles, y como aquel Profeta del antiguo pueblo registran lo mas interior de las conciencias, á unos revelan funestos decretos de la Providencia, y á otros anuncian sucesos prósperos y favorables. Domingo pronostica á sus hijos los progresos de su Orden, los héroes que han de florecer en él, los protectores que ha de tener. Francisco profetiza al Cardenal Hugolino su futuro ascenso á la tiara pontificia, y el Cónclave le saluda con el nombre de Gregorio IX.

Profetas y Taumaturgos á un mismo tiempo mandan á la naturaleza, y la naturaleza atónita oye su voz; los elementos olvidan su impetuosidad, el ayre depone sus pestilencias, los vientos reprimen sus furias, el mar, este elemento tan furioso, vomita quarenta peregrinos que se habia tragado en un naufragio, luego que Domingo lo manda, habla Francisco, y al punto consolida sus aguas, y le da paso franco á él y sus compañeros. Arbitros y dueños del mundo, atraviesan la Europa, y dexan en todas partes vestigios de sus manos mila-

grosas: aquí cierran el sepulcro, y libran de las fauces de la muerte á los desauiciados: allí dan vista á los ciegos, y oído á los sordos: acá hacen hablar á los mudos, y expulsan á los demonios de los energúmenos: Domingo habla á la muerte en Roma, y resucita al jóven Napoleon con asombro de aquella capital, despues de seis horas que habia muerto despedazado por la violenta caída de un caballo: Francisco impera á los sepulcros, y al momento se animan ocho cadáveres que estaban ya para ser en ellos sepultados.

Unos hombres de tan extraordinaria santidad, y tan poderosos en obras y palabras, ¿cómo podrian dexar de ser el asombro y la expectacion de toda Europa? Fuéronlo en efecto. Las Cortes mas florecientes, la púrpura romana, los gefes de la tribu santa, los Sumos Pontífices, los pueblos ultramontanos, las ciudades ultramarinas, los grandes y pequeños, se vieron precisados á publicar con pasmo y edificacion de sus almas el poder y santidad de estos dos héroes del siglo XIII; los mismos sectarios del error, enemigos implacables de la Santa Silla; los discípulos de Lutero y Calvino, estos fanáticos confiesan á despecho suyo en la protesta de Ausburgo, y en su gran Catecismo, que solo Domingo y Francisco eran los únicos Santos de que podia blasonar la Iglesia de Roma. Y ved aquí comprobada la proposicion primera que asenté en el exordio de mi panegirico; esto es, que Dios usó de la plenitud de sus misericordias con la Iglesia, concediéndola dos varones singulares, adornados con todo género de virtudes. Estadme atentos, y vereis que no fué menos misericordioso en concederla dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus aficciones. Y estoy en el

SEGUNDO PUNTO.

Los Santos Padres nos representan á la Iglesia en su nacimiento como una nave agitada de borrascas, que disputa con los vientos el triste momento de su naufragio: unas veces intercepta sus progresos la idolatría protegida por las potestades del siglo: otras el judaismo autorizado con la antigüedad de su culto; pero esta Iglesia siempre combatida y siempre victoriosa, se eleva triunfante por el zelo y actividad de los Apóstoles: su imperio se extiende de Oriente á Poniente, las naciones mas incultas abrazan el Evangelio, y la fé halla adoradores en las regiones adonde la soberbia Roma, hinchada con el viento que soplabá en el capitolio, no habia podido entablar sus altivas pretensiones.

¿Pero acaso esta misma Iglesia ya adulta ha dexado de sufrir en todas las edades los mismos combates? ¡Ah! cada siglo se levantan nuevos enemigos coligados que juran su ruina. A la idolatría y al judaismo se juntan la heregía, el Alcorán, el ateismo, el cisma, la impiedad y la depravacion universal de costumbres; y aunque el Salvador nunca ha abandonado á su amada Iglesia; pero muchas veces ha estado sepultada entre tinieblas, y ha llegado casi á pique de zozobrar; y se puede decir que el siglo XIII fué para ella el mas funesto por la monstruosa complicacion de males que la afligian.

El mahometismo inundaba todo el Oriente, el trono de Pedro atropellado por un Emperador cismático, la heregía turbaba lo mas florido del Norte, y el christianismo dormia sepultado en un profundo sueño de vicios. Nunca tuvo la Iglesia mas

necesidad que entónces de un Apóstol; y Dios, que no la permite los males sino para probar su constancia, la concedió dos héroes famosos para que enxugasen sus lágrimas. En efecto Domingo y Francisco, autorizados por una mision extraordinaria, simbolizada en sueños al Papa Inocencio en la Iglesia de Letran, emplearon sus talentos, sus virtudes, sus vigiliass, sus oraciones, sus austeridades, sus fatigas, sus viages, y su zelo en beneficio de la Iglesia. España fué el primer teatro de los fervores de Domingo, Palencia, Osma, Segovia, Calahorra, Valladolid y Burgos oyen con admiracion las verdades eternas que pronuncia, y sin poder resistir á la energía y fuerza de sus discursos, abrazan la penitencia, y con ella la universal mudanza de costumbres.

Vencedor en Castilla pasa como una ligera nube á Cantabria á conseguir nuevos triunfos. ¿Quién podrá numerar las provincias y ciudades adonde llegó el sonido de sus portentosos ecos? Si se pregunta por él en Barcelona, ya se halla en Navarra exhortando á penitencia: si se le busca en las ciudades del Señorío, ya se halla predicando en Aragon y Asturias: á un mismo tiempo parece que existe en Extremadura, Andalucía y Valencia. ¿Pero con qué sucesos? No preguntemos lo que no es lícito dudar. La paz se entabla en las familias, la equidad en los tribunales, el decoro en los templos, la compostura en el Clero, la union en los casados, la moderacion en los jóvenes, y en todos los estados la observancia de la divina ley.

Pero la Península era pequeña esfera para su ardiente zelo, y obligado de los impulsos de su espíritu, penetra los Pirineos, corre la Francia, y se dexa ver en Langüedoc contagiada con la ponzoña Albigense, y al oír su nombre se estreme-

ce toda una provincia, madriguera de monstruos; los xefes del error abaten su orgullo, la heregia enmudece, sus abominables sectarios se turban, y aquellos espíritus indóciles humillan la cerviz en presencia del héroe español. Representaos aquí uno de los mayores triunfos que alcanzó el glorioso Guzman á favor de la religion; porque, Señores, no era solo un gigante el que insultaba en la campaña de Langüedoc á los pavellones de Israel, ni este nuevo David pelea con un solo Goliat, sino contra un monstruoso conjunto de todos los errores. Los Padres de la Iglesia esgrimieron la pluma contra una sola casta de enemigos. San Atanasio refutó á los Arrianos, San Gerónimo á los Origenistas, San Agustin á los Pelagianos, San Cirilo á los discípulos de Nestorio, y el Papa San Leon á los sectarios de Eutiques; pero Domingo hace frente á una secta universal compuesta de toda especie de errores, y sostenida por un ejército de cien mil Albigenses. Unas veces los atrae á públicas y privadas conferencias, y con la fuerza de sus discursos los obliga á un vergonzoso silencio: otras se dexa ver en el púlpito, y con el estallido de su fulminante voz derriba los monstruos que tiene á su frente; ya los desafía como Taumaturgo á una accion decisiva, arroja á una hoguera encendida un libro que habia compuesto sobre los dogmas de la religion, y aquel elemento voraz que no se atrevió á los niños de Babilonia, respeta los escritos de Domingo.

Su invicto zelo no se contenta con exterminar la heregia; recorre los vastos países que ha libertado del contagio, y comunica incremento y vigor á los christianos que habia hecho renacer á la gracia. En una parte cultiva con la predicacion lo que antes habia sembrado con los exemplos: en

otra parte perfecciona con nuevos esfuerzos las conversiones que habia principiado en una Iglesia, y arranca los escándalos de la casa del Señor: en otra reforma los abusos que habia introducido el veneno del error: todos los lugares de su tránsito quedan señalados con los caracteres de su zelo: funda en Rovilles un famoso monasterio para asilo de doncellas pobres, y sus grandes progresos dan á entender la mano maestra que le formó: establece en Langüedoc el culto del santo Rosario; y la conversión de innumerables pecadores es el precioso fruto de tan santa devoción.

Francisco abrasado con el fuego de los Serafines, segun el idioma de San Buenaventura, se presenta en las plazas de Italia: su voz autorizada con el exemplo, es un rayo que introduce el terror en todas las conciencias: su rostro pálido y desfigurado enternece los corazones mas duros: la imágen del Redentor, impresa en su persona dexa poco que hacer á sus exhortaciones: vestido pobremente, desnudo de pie y pierna, y arrastrando un cuerpo agoviado con el peso de sus rigores, va de ciudad en ciudad formando penitentes, instruyendo ignorantes, convirtiendo pecadores, confundiendo á los libertinos, consolando á los afligidos, alentando á los vacilantes, confirmando á los justos, conteniendo al vicio, destruyendo el imperio de sataná, y reformando en breve con sola su presencia toda la Italia.

Pero su corazon, para quien el universo entero era corto espacio, suspira por conquistar todos los climas del orbe. ¿Visteis un relámpago, que agitado de un impetuoso uracan, sale del Oriente, y brilla al mismo tiempo en el Occidente, forma sus giros por el austro, y dexando por todas partes señales de su luz, perfecciona con celeridad

su carrera? De este modo Francisco impelido de la fogosidad de su zelo, vuela en alas de su fervor á los abrasados arenales de la Africa, anuncia en Marruecos el Evangelio, pasa á Egipto, y de aquí se traslada á las regiones del Asia á combatir las extravagancias del Alcoran. Gobernaba entonces el imperio Otomano el cruel Meledin, hombre guerrero, espíritu altivo, que hacia temblar á todo el Oriente baxo las severas leyes de un dominio despótico, un nuevo Bautista habia de ser el Apóstol de la Corte de este nuevo Herodes: Francisco exclama en presencia de este leon terrible, le manifiesta el peligro de su eterna perdicion; le pinta con los mas vivos colores la impureza de su secta: su retrato le espanta y atemoriza: su temor y sus sustos son testigos de su mudanza y de su rendimiento: Meledin iluminado y desengañado, da señales nada equívocas de su verdadera conversion, y esto basta para gloria de Francisco, y honor de su religion.

Cargado con los trofeos del Oriente se restituye á las provincias de España y Francia. ¿Qué invectivas no arbitria para ganar los corazones, y hacer florecer la inocencia de costumbres! Unas veces con un dogal al cuello pasea las ciudades mas populosas, y con este espectáculo edificante infunde el desprecio de las vanidades; otras se dexa ver en el púlpito puestos los ojos en un crucifixo, y con una voz muda pero eficaz, triunfa de los espíritus mas indóciles, ya toma la figura de un delincuente, y sale castigando su llagado cuerpo por calles y plazas, y al ver á un inocente homicida de su carne, abrazan la penitencia desde el sólio hasta la cabaña mas vil; ya se entra en los templos, y postrado al pie de los altares exhála ardientes suspiros, riega el suelo con sus lágrimas, y

ofrece á Dios sus ayunos, sus vigili-
 das, y todo su mérito por la salvación de las al-
 mas; ya... ¿pero qué tiempo me bastaría si qui-
 siera referir todos los medios de que se valió para
 restituir á la Iglesia su antiguo esplendor? Basta
 decir que saliendo de un extremo de Italia á re-
 parar las ruinas del Santuario, hizo renacer en Eu-
 ropa de sus propias cenizas los hermosos días de
 la primitiva Iglesia.

¿Os parece, Señores, que estos dos héroes se
 contentarian con tan felices sucesos, y se pondrian
 á descansar á la sombra de estos laureles? No por
 cierto, su zelo nunca conoció descanso, ya los ha-
 beis visto ocupados en resistir á los asaltos de la
 heregía, en reformar los abusos que desfiguraban
 la hermosura de Sion, en arrancar las espinas de
 los vicios, en llevar la luz hasta las estremidades
 de la tierra, en restablecer el culto de los templos,
 y el uso freqüente de los Sacramentos; ahora los
 vereis santamente ansiosos por introducir la per-
 feccion evangélica hasta en el seno mismo de Babi-
 lonia. No os engaño. Su zelo doble los sacrifica en
 medio de sus penosas tareas á dirigir un lucido es-
 quadron de vírgenes, las entresacan del medio del
 siglo, las separan de las vanidades del mundo, las
 instruyen en todo género de virtudes, y las animan
 á subir á la cumbre de la perfeccion. Las Catalinas
 de Sena, las Claras de Asís, las Micaelinas de Pi-
 saura, y las Hipólitas de Casia serán eternamente
 la corona de Domingo y Francisco; ellos fueron
 sus maestros y sus padres, lo mismo que un San
 Mateo de las Ifigenias, un San Gerónimo de las
 Paulas, un San Benito de las Escolásticas, y un San
 Leandro de las Florentinas.

¿Cómo pudieron dos hombres solos bastar para
 tantas empresas? ¡Ah! Los Apóstoles no necesitan

mas elasticidad que su propio espíritu; nosotros co-
 nocemos poco las fuerzas, la actividad y los arbi-
 trios que inspira el zelo. Ahora es quando dan prin-
 cipio á su apostolado: Guzman se dirige á la Me-
 trópoli y Señora de las Iglesias: Roma, cabeza de
 las Tribus santas, abrigaba en su mismo seno un
 numeroso Clero, que salvando las barreras del San-
 tuario, habia degenerado de su primitivo fervor;
 esta viña plantada por el Príncipe del Sacro Cole-
 gio, y cultivada por sus dignos sucesores, se ha-
 bia convertido en una horrorosa selva de abomina-
 cion: la simonía, la avaricia, el desenfreno, la di-
 solucion y la ignorancia habian privado al Sacer-
 docio de toda su santidad y resplendor: en el altar
 no se veían sino ministros indignos de acercarse á
 él, y parece que bastaba ser Sacerdote para ser malo
 con libertad. El Padre Santo, el oráculo del Vati-
 cano, el sagrado Cesar Inocencio, gemia sin fruto
 oprimido baxo el torrente impetuoso de la iniqui-
 dad. ¡O amable disciplina! ¿Estabas acaso dester-
 rada para siempre de la primera de las Iglesias?
 ¿O esperabas al zeloso Guzman para que fuese tu
 restaurador? ¡Ah, qué difícil es reducir al yugo
 de la disciplina y de la virtud á los Sacerdotes del
 Señor, que han tenido la osadía de sacudirle con
 escándalo! Como la caída es tanto mas peligro-
 sa, quanto viene de mas alto, rara vez sucede que
 se levanten aquellos ministros sagrados que han lle-
 gado á ser prevaricadores. Sin embargo no hay im-
 posible para un Apóstol animado del zelo de la
 casa de Dios: Domingo habla, exhorta, insta y
 persuade: el Sacerdocio recobra su esplendor, la
 iniquidad no se atreve á volverse á presentar en
 el Santuario, y los que le habian afrentado con sus
 infracciones, le honraron despues con la santidad
 de sus costumbres; de modo, que si antes habia